



La otra contaminación

Ángel Fernández Benítez

Resulta obvio afirmar que es nociva la contaminación producida por los vertidos industriales, el tráfico rodado, los abonos petroquímicos y los aerosoles. Estamos acostumbrados también a oír diatribas contra otros agentes contaminantes como los detergentes, el ruido excesivo, el humo del tabaco. La posibilidad de una fuga de radiación en cualquier central nuclear de las que se reparten por el globo terráqueo nos produce escalofríos. Dichos elementos acarrean al individuo tantos perjuicios, que éste puede ver desvirtuada su propia existencia, cuando no destruida. Sin embargo, otros muchos factores contribuyen, además, a deteriorar lo que se ha dado en llamar la calidad de vida en el mundo occidental, concepto este que guarda relación con la ya vieja idea del nivel de vida, si bien avanza algunos pasos.

Mientras el nivel de vida tiene que ver con el poder adquisitivo exclusivamente, lo que llamamos calidad de vida parece relacionarse con la capacidad para disfrutar de cuanto nos es accesible y para aprovecharlo incluso trascendentalmente. Si utilizamos esta noción como punto de vista para hablar de la contaminación, quizá podríamos decir que es contaminante todo agente exterior al hombre que, fruto de cierto concepto del progreso, perjudica grave o levemente la salud de nuestro cuerpo o de nuestro espíritu, es decir, nuestro poder particular para llegar a ser personas en plenitud. Si esto fuera así, tendríamos que extender la idea de contaminación, entre otras cosas, a la televisión, a las empresas de publicidad que intoxican nuestra voluntad, a las campañas políticas de nuestros

Tendríamos que extender la idea de contaminación, entre otras cosas, a la televisión, a la publicidad, a las campañas políticas, a las tertulias radiofónicas...

*El aumento
desmesurado
del poder
adquisitivo
provoca una
crisis imparable
en el ámbito de
las costumbres
del grupo e
incluso en los
valores y
creencias*

gobernantes, a las tertulias radiofónicas y a algunos otros elementos que, acaso, menoscaban el ejercicio libre de nuestra conducta, agreden sin consideración nuestro equilibrio emocional y, por tanto, a la larga pueden llegar a repercutir en otros aspectos de carácter sociológico, ideológico e incluso físico que vulneren el derecho a la felicidad de cada individuo.

En una comunidad pequeña, definida por una producción basada fundamentalmente en el sector primario y por una organización social y cultural asentada en fuentes económicas agrícolas y pesqueras, la reorganización de su modo de producción en veinticinco años y el efecto que esto lleva aparejado sobre sus costumbres también puede definirse como un agente contaminante. El progreso superrevolucionado de la renta *per cápita*, el aumento desmesurado del poder adquisitivo puede deparar un crecimiento considerable de la inflación y de los peligros que ésta lleva consigo; pero, sobre todo, provoca una crisis imparable en el ámbito de las costumbres del grupo e incluso en los valores y creencias. Baste recordar las consecuencias nefastas que sobre el pequeño reino de Castilla tuvo la conquista de América y, con ella, la llegada de oro fácil. No es éste el momento de repasar los efectos letales que aquel oro americano provocó por entonces en la incipiente industria, en la pequeña burguesía naciente. A la inflación brutal, se unió paradójicamente la idea de vida ociosa; y a ésta, la desgana; y a la desgana, el deterioro social más flagrante que haya conocido la historia; y finalmente, con la ausencia de iniciativas de toda índole, el anquilosamiento del sistema, la ruina total y la desintegración de aquella superpotencia dirigida por la Monarquía de los Habsburgo.

Efectos igualmente trágicos de estos crecimientos vertiginosos o fiebres del oro que atacan a los hombres de vez en cuando, los encontramos en torno a las minas de piedras preciosas o de metales nobles en los países en vías de desarrollo. En estos casos, las masas de población hacinadas en los alrededores del foco de la riqueza se caracterizan por una inestabilidad social, originada en el desarraigo y en la ausencia de una superestructura de creencias y valores que marquen las pautas de conducta para perseguir no el beneficio inmediato sino la felicidad, no la satisfacción individual sino el bien del grupo. No es raro hallar en estos lugares, amontonados unos sobre otros, todos esos hábitos que las sociedades ricas, cultas y libres entienden como contravalores; me refiero a la prostitución, la violación de los derechos humanos, el estupro, el asesinato... Así que un cambio económico vertiginoso bien podría considerarse un

agente que contamina peligrosamente el sistema de vida de una población en lo que a su calidad de vida se refiere.

A lo largo de este siglo el sentido positivista del progreso que caracterizó el final del pasado, se ha visto sustancialmente modificado. Junto a la felicidad que proporciona el hecho de tener cubiertas las necesidades materiales, el hombre quiere satisfacer otras instancias que le puedan deparar no sólo el campo de sus sentidos, sino también el nivel de su inteligencia. Quizá a esa sensación de plenitud vital queremos llamar calidad de vida, porque no nos atrevemos ya a denominar a tal estado con el ambicioso título de felicidad, a sabiendas de que la felicidad se instala en un marco utópico difícilmente compatible con el ser del hombre. Terminando del siglo XX, la población de los países ricos, libres y cultos ha comprendido, por fin –y le ha costado dos grandes guerras calientes y una larga guerra fría–, que hay ingredientes de tipo espiritual imprescindibles para la obtención de la parcela de felicidad que nos corresponde como seres humanos.

Esta población satisfechísima ha mirado hacia los pueblos deprimidos por el hambre, el abandono, la enfermedad, queriendo encontrar en ellos el fundamento de la vieja leyenda de la camisa del hombre feliz que buscaban los emisarios del califa inventado por Julio Verne. Los individuos de las sociedades instaladas en la comodidad y la seguridad miran con envidia a los desamparados y desheredados hacinados en la miseria, en la opresión, en la sinrazón, quizá considerando que en ese estado también se puede alcanzar una plenitud. No es nuevo este volver los ojos a los salvajes. Voltaire ya lo hizo en su *Cándido* y no ha sido el único occidental que creyó encontrar en el indio americano el colmo del equilibrio del espíritu y de la bondad intrínseca del hombre. Incluso en el cine reciente, películas como *Bailando con lobos*, nos han transmitido el mismo mensaje feliz. No obstante, quizá gracias a esa revisión, parece que, en estas postrimerías del siglo, hemos llegado, por lo menos, a una conclusión inteligente: el camino hacia la felicidad es atterradoramente difícil y la cuerda sobre la que hacemos de funambulistas sobre el abismo de la insatisfacción, demasiado frágil. En fin, que el progreso, en lo que a bienes materiales se refiere, no constituye la panacea, ni mucho menos, para la consecución de los logros personales de cada cual, o sea, la felicidad con minúscula. Algo es algo.

¿Qué relación guarda la contaminación con la felicidad? Vamos a ver. Los grupos de hombres con conciencia que vigilan el ecosiste-

Un cambio económico vertiginoso bien podría considerarse un agente que contamina peligrosamente el sistema de vida de una población

ma humano pretenden, lícitamente, salvaguardar un territorio para que en él vivan los hombres y los animales en armonía; y, refiriéndome a los primeros –ignoro si puede repercutir también en los segundos de la misma manera–, obtengan las bases físicas ideales para alcanzar esa ansiada felicidad. Los agentes contaminantes que deterioran el *hábitat* de un animal le causan un daño vital irreparable, probablemente la muerte a largo, medio o corto plazo; también ocurre lo mismo con el hombre; basta recordar Chernoville.

Pero, superpongamos ahora sobre el elemental concepto de vida, ese otro que mencionábamos antes: calidad de vida. No es improbable que existan también agentes con una incidencia negativa en la búsqueda de esa calidad de vida que pretendemos para adquirir la felicidad. No puedo por menos que pensar, como decía antes, en los efectos que pueden causar los mensajes subliminales enviados a todas horas por la televisión y otros medios de comunicación a la mente de nuestros hijos; o no tan subliminales... Hace algunos días, en una de esas atracciones de feria, llena de niños que pretendían evaluar su capacidad de resistencia en un rodeo americano con toros mecánicos, se animaba a los pequeños con una simpática canción. La letra hablaba de una cucaracha sin marcha “porque no tenía marihuana que fumar”. Quizá el mensaje no surta ningún efecto negativo, pero contamina sutilmente el sentido de la realidad de los chiquillos, frivolizando sobre una sustancia que no es inocua.

Vivimos inmersos en una realidad plagada de elementos contaminantes, no sólo físicos y químicos, sino ideológicos. Si unos preocupan por sus efectos en la salud y en el ecosistema, los otros no creo que permitan la tranquilidad ante el efecto que producen en los grupos sociales y sus superestructuras. Pero lo más grave es que los asumimos con absoluta indiferencia, cuando no complacidos, sin pensar que los factores ideológicos asimilados como parte de su superestructura por una comunidad pueden entrar en conflicto consigo misma. Este conflicto del pensamiento en una comunidad reviste un especial peligro, si con anterioridad a la llegada de las nuevas ideas dicha comunidad tenía un alto índice de analfabetismo y una formación intelectual baja en general. En ese caso, los efectos pueden dismantelar por completo el conjunto de creencias y costumbres.

Volvamos a esa hipotética sociedad que ha evolucionado en veinticinco años desde un modo de producción asentado en el sector primario, sujeta a hambrunas, sometida a enfermedades endémicas, abandonada a un analfabetismo generalizado y con una organiza-

El progreso, en lo que a bienes materiales se refiere, no constituye la panacea para la consecución de los logros personales de cada cual, o sea, la felicidad con minúscula

ción social casi decimonónica y, por tanto, en términos generales de corte caciquil. Pensemos que en esa sociedad un patrón de barco impartía la bendición a sus marineros. En tal sociedad podremos detectar peligrosos agentes contaminantes. Desde luego, la población ha incrementado su nivel de vida y ahora sus condiciones para el desarrollo personal resulta *a priori* muy preferibles a las que se daban antes. Se han subsanado la atención sanitaria, la escolarización masiva, el miedo del fantasma del hambre, gracias a la enorme oferta de empleo y a las necesidades relativas a la alimentación que la propia industria de servicios ha generado. Por todo ello se ha conseguido dotar a la población de unos bienes que le proporcionan seguridad.

Claro que la misma industria de servicios (si se me permite el aparente contrasentido de tal expresión) en que dicha sociedad ha prosperado tiene sus contraprestaciones; una de ellas compete a la transformación del paisaje físico en que se movía la población hasta producirse el cambio, que puede llegar a ser un problema gravísimo, porque el paisaje hasta este momento no era un bien en sí, sino un marco de trabajo; por tanto, en la conciencia de la población está instalada la idea de uso a cualquier precio del paisaje y no la idea de bien en sí mismo, que sólo unos pocos la relacionan con la necesidad de entorno grato que busca el usuario de tal industria y el hombre en general y que, por tanto, se relaciona con aquel concepto de calidad de vida ya mencionado.

Además, esa industria de servicios provoca una invasión de personas ajenas al mundo agrario y pesquero, provenientes muchos de zonas urbanas con otra evolución industrial y además acuden gentes de zonas económicamente deprimidas, incluso de culturas muy distintas y razas diferentes. A esta población migratoria se añade una cierta élite que, procedente de lugares lejanos, llega a instalarse con un sentido de la vida *sui generis*, con otras lenguas y, sobre todo, con un concepto de civilización correspondiente a sociedades cultas y ricas. Toda esta masa tiene en común que pretende vivir a la sombra de la gran industria de servicios. También llegan los aventureros. Los hay de diversa índole: desde el caco vulgar al respetable especulador, pasando por el más puro de todos que quiere vivir la vida intensamente. Comparten unos y otros el desarraigo y el escaso deseo de participar en la vida de la población original que, sin embargo, aún no ha comenzado a replegarse sobre sí misma.

La población original parece borracha ante tantas posibilidades que aparentemente se le ofrecen y, no contenta con trabajar en la indus-

El cambio de hábitos afecta principalmente a los sectores más jóvenes que, por lo mismo, son los más permeables

tría de servicios y beneficiarse económicamente, pretende disfrutar también de ella y poco a poco rompe con las formas de diversión previas y adquiere nuevas costumbres de ocio. El cambio de hábitos afecta principalmente a los sectores más jóvenes que, por lo mismo, son los más permeables. Sin embargo, los efectos de la escolarización aún no han dado sus frutos y se gesta un peligro de intoxicación de ideas foráneas hasta el punto de perder la noción de origen y de historia; y, sobre todo, en una sociedad mosaico de tipos, ideas y culturas puede producirse una euforia de individualismo que dé al traste con el sentido de participación en la vida de grupo que han de tener los individuos del mismo, pues, de lo contrario, bien podría desintegrarse.

El verdadero peligro puede venir de una visión ociosa de la vida y de una hipertrofia del sentido del ocio

Me temo que el medioambiente no es sólo físico, sino también social y cultural, cuando hablamos del *homo sapiens sapiens*. Por ello, cuando una sociedad debe vivir de esta industria de los servicios que llamamos turismo, ha de extremar su cautela en cuanto a los focos de contaminación. Los vertidos que origina esa industria no son sólo los desperdicios propios de hoteles y restaurantes, sino que tienen un carácter cultural y moral de suma importancia. No se trata sólo del peligro de que un sector de la población joven se inicie en la sexualidad, sin saberlo, como parte de la oferta de los turoperadores o de que crezca la delincuencia en torno a las zonas turísticas o de que se consuman sustancias degeneradoras en mayor cantidad. El verdadero peligro puede venir de una visión ociosa de la vida –la que practica el consumidor de esta industria– y de una hipertrofia del sentido del ocio; quizá también de una incapacidad para reconocerse en el tiempo los propios individuos que forman el grupo y, por tanto, del olvido de su personalidad común.

Aunque, a lo mejor, ese miedo al peligro es sólo fruto de cierto arraigo en el pasado. Quizá, después de todo, anide en algunos de nosotros cierto arcaico concepto de felicidad, aunque queramos darle el nombre de calidad de vida, más cotidiano y menos pretencioso. Tal vez, estemos anclados en viejas ideas griegas sobre el Bien que afecta al individuo y al grupo, que resultan contraproducentes cuando tratamos de encajarlas entre los fotogramas de una película del Canal 18 de Vía Digital, o superponerlas a ciertos anuncios publicitarios, o comprenderlas en una noche fantástica de éxtasis y música de determinado tipo. Sí, seguramente es así.